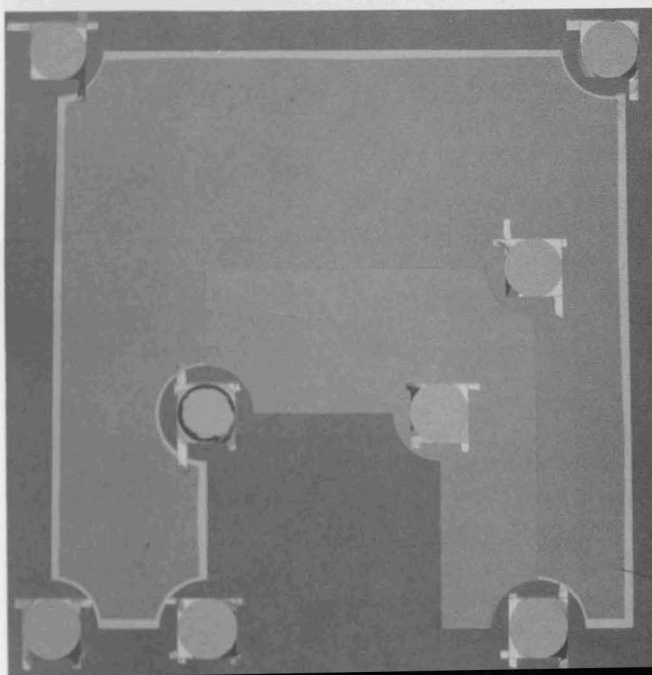
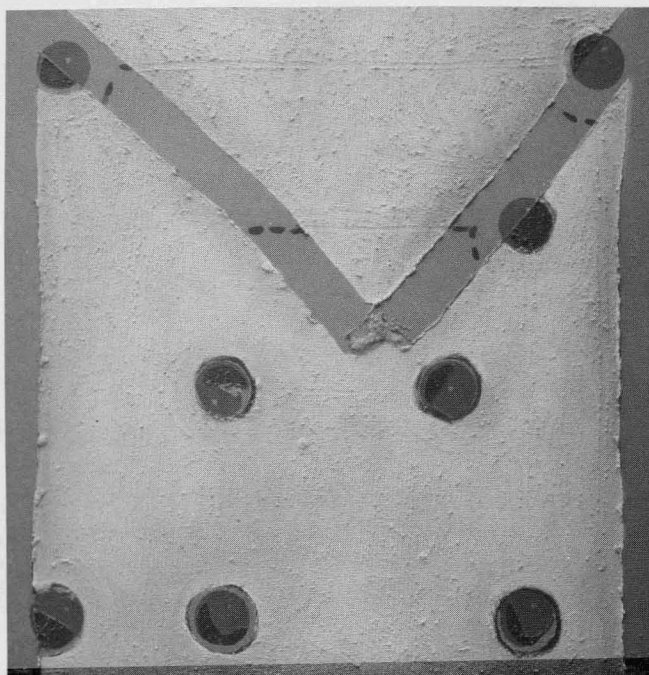

Arturo Fuentes

Bernardo Recamier:
El péndulo del Arte



Ocho soles, 1988. Acrílico/tela, 100 x 100 cm



Círculos sobre blanco, 1988. Acrílico/tela, 100 x 100 cm

Bernardo Recamier estudió en la Academia de San Carlos, donde le conocí, y aunque no permaneció allí mucho tiempo, se impregnó del ambiente y enriqueció sus perspectivas. En el largo recorrido para llegar a su casa-estudio, conversamos largamente; inmersos en el pasado recordamos una hermosa convivencia en la academia. Me habla de sus inquietudes y frustraciones, del sueño y la realidad. Por fin llegamos a su espacio y tiempo, los cuadros están acumulados y el pasado y el presente se funden silenciosamente. Me muestra una pintura con textura, posiblemente polvo de mármol, los matices y acentos muy bien logrados y una X en el centro con la influencia de Tapies, que todos tuvimos.

Las texturas reales van a desaparecer y aparecer como si fueran conducidas por una marea nocturna. Es claro, Recamier, como todo artista, obedece a estados de ánimo, a vivencias fuertes e íntimas.

El pintor, como el agua en la roca, va formando una particular visión de la realidad y la abstrae en su obra. Posteriormente surgen las constantes y las obsesiones por el color. Se definen dos soluciones: la definición de una geometría y estructuras claras y la otra en las texturas reales de un lirismo, donde a veces se pierden las líneas o por lo menos no son tan precisas. La imaginación juega con los rectángulos, unos dentro de otros, y la sensibilidad determina un fondo y por yuxtaposición los rectángulos, de

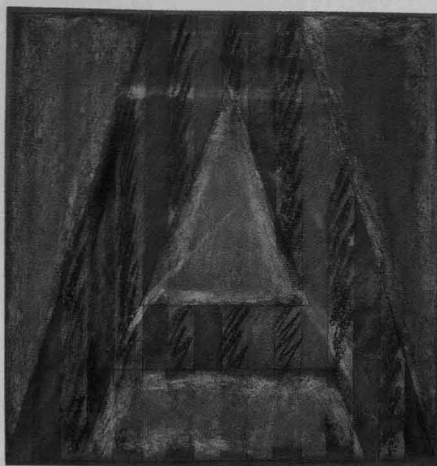
otro color, flotan en ese espacio, causando una agradable sensación. Para 1980 los elementos geométricos están plenamente detallados: rectángulos, triángulos y círculos. En otras pinturas observo texturas virtuales.

Recamier ha ingresado al mundo del diseño y quizá haya cierta influencia de esta disciplina en su pintura. El color es para Bernardo lo que la metáfora para el poeta: azules, morados y ocre pueblan y crean atmósfera en su obra.

En algunas pinturas observo la admiración por Mondrian, la simplificación de la estructura, una sintaxis clara y ordenada. En otras hay que romper el orden y también crear ritmos con formas en rojo que descienden y que muestran la



Mujer y luna, 1991. Óleo/tela, 100 x 100 cm



habilidad del pintor. Investiga nuevas posibilidades y no se copia en un espejo limitado sino que persiste en una lúcida búsqueda. Los círculos giran y el centro de los cuadros es importante, nace el código del pintor y su lenguaje adquiere una mayor fuerza. Nunca he dejado de pensar en el arte como un péndulo que avanza y retrocede en las corrientes estéticas y en el estilo de los artistas; así Recamier retoma los ecos de su pasado y los hace vibrar en el presente. A veces sugiere la forma y la ambigüedad que como decía Pablo Neruda es rica por las diferentes interpretaciones que hace el espectador. Los constituyentes de la obra, en ocasiones se dispersan pero con madurez el pintor les da unidad por medio del color, algunas estructuras evocan la forma de la M y los círculos tienen un movimiento natural.

Parece que la visita ha concluido y en ese momento Bernardo Recamier, con su habitual sencillez, me muestra sin darle importancia una serie inspirada en el alfabeto que es para mí una grata sorpresa: trabajos excepcionales sobre papel, me olvido del alfabeto como tal y descubro unas bellas pinturas: gouache y pastel utilizados con maestría, son formatos pequeños de atmósferas ricas en



Paisaje interior, 1991. Óleo/tela, 80 x 80 cm

color, forma y textura. Recuerdo como antecedentes algunas letras y números de Jasper Johns, pero éstas sobre tela y con otras soluciones.

Esta última etapa de Recamier es para mí la más importante de su producción y constituye una síntesis de su obra anterior, pero con una amplia gama de recursos que revelan

madurez y quizá es el inicio de una obra importante, con una concepción sólida y un estilo definido. En esta serie se distingue una complejidad de elementos, pero nada perturba la percepción del espectador, porque existe una unidad lograda con el color. Los materiales para el papel que utiliza son ideales y dúctiles a la mano firme del pintor.





Luna en Tulum, 1991. Acrílico/tela, 100 x 100 cm

Su admiración por la tipografía se refleja en las pinturas, pero el espectador culto descubrirá la posibilidad de otras lecturas. Parte de una retícula en lápiz, únicamente sugerida, maneja ocres, azules y rojos, con matices de naranjas y amarillos. Trazos de lápiz y tinta que pasan a un segundo plano, y el color es el protagonista, y la armonía señala una serenidad interior. A lo largo del recorrido presenta diversos mundos: pinturas

monocromáticas y pequeños detalles contrastantes, relieves realizados con recortes de papel más grueso que el soporte, vestigios de su curso de escenografía.

Viene después una hermosa X, en realidad cuatro triángulos dirigidos al centro, el color se diluye en un mar accidentado.

Otros espacios recuerdan el papel pautado del compositor, modernas interpretaciones de armonías y disonancias.

La Y se repite obsesivamente, pero cada una es diferente a las otras, como variaciones de una sola melodía y como en una improvisación de jazz las formas cambian y retornan a su origen, las líneas ya no son dibujadas con exactitud y son sustituidas por unas de mayor libertad.

Me imagino al pintor trabajando en su restridor, una forma le conduce a otra, no puede descansar, está profundamente motivado, experimentando múltiples vivencias.

Una G es transformada en un collage y adquiere un interesante volumen. La S rompe con los rectángulos, las líneas curvas producen cierto movimiento y una gran variedad de elementos pictóricos.

En esta serie plasmó sus vivencias con sensibilidad y muchos recursos técnicos, es como un camino con veredas sorpresivas: armonías y contrastes, orden y subversión del orden, atmósferas y matices.

A veces los componentes geométricos reaparecen creando destacados ritmos, motivando diferentes sensaciones en el espectador.

Una N adquiere fuerza por el relieve con textura de arena sobre un fondo delicado y fuerte. La última obra que contemplo es sobresaliente, la estructura es una red de cuadrados: azules y morados predominan, pero el pintor retrocede en el péndulo y retoma formas de épocas anteriores y la pintura es una metáfora de color.

Bernardo Recamier debe comenzar con el final y en el silencio de su estudio observar esta serie, pintar en otros formatos, pero la esencia de la creatividad está ya en un paraje donde domina la belleza.

Gracias a las observaciones del pintor, descubro algo que había omitido y que posteriormente aparece claramente, las referencias a la naturaleza, la belleza del mar, los cielos y la Luna.

Sin embargo las escenas hermosas están en el exterior y lo difícil es lo que logró Bernardo: pintar y crear atmósferas que parten de la realidad a lo subjetivo. ♦

